

La espuma de los días

El joven poeta Fernando del Paso celebra al paraguas

José de la Colina

Cuando en 2007 a Fernando del Paso le entregaron el Premio de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, que hasta entonces había sido el mucho mejor llamado Premio Juan Rulfo, le envié por Internet un texto de mil palabras que no sé cómo he perdido en la “nube electrónica”, o según se llame esa cosa de la criptología electrónica. Por eso, ahora reconstruyo o reinvento el texto:

Querido Fernando, recuerdo cómo empezó nuestra amistad en casa del mutuo amigo Antonio Montaña (quien, como bien sabes, no es un presuntuoso heterónimo mío, sino un magnífico escritor colombiano que, ay, murió hace dos años).

Llegaste, ¿en 1956, o en 1957?, cuando, sentados Antonio y yo frente a frente y con máquinas de escribir de por medio, teclábamos largos párrafos narrativos dizque conradianos, o proustianos, o faulknerianos, o quién sabe cómo, y de cuando en cuando los leíamos uno a otro en voz alta, pues competíamos en intentar —a fuerza de conjunciones, incisos y estirones de la sintaxis— las oraciones más largas y ondulantes posibles. En una pausa del doble tecleo tú solicitaste nuestra opinión para aquellos barrocos nueve sonetos que leíste en tu buena voz de futuro locutor de la BBC de Londres y que nos entusiasmaron por un surrealismo bien llevado en la apretada formalidad de los catorce endecasílabos.

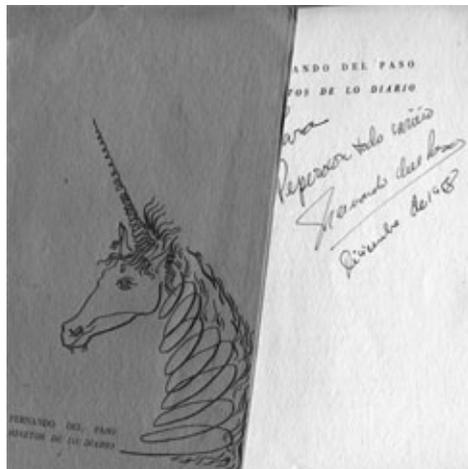
Creo que fue en esa misma tarde que te convencimos de que ofrecieras tus sonetos a Juan José Arreola, gran escritor, gran suscitador de jóvenes escritores, gran amateur del arte editorial, quien en 1958 los publicaría en aquellas esbeltas *plaquettes*, los Cuadernos del Unicornio, así llamados porque lucían en la portada uno de los tan finos

dibujos de Héctor Xavier como hechos en cristal, en el cual dos largas espirales trazaban el cuerno y el cuello del animal mítico (que según Plinio era, ¿o es?, un viviente *collage* del caballo, del ciervo, del elefante y el jabalí, pero acaso lucía figura más fina en el dibujo xavierano).

Entre esos raros y admirables nueve *Sonetos de lo diario* anunciados por el título, el número 7 cantaba a un paternalicio paraguas abrazado por clásicos endecasílabos pero audaces metáforas. Ahora lo transcribo de la memoria, sin recurrir a mi ejemplar dedicado “Para Pepe con todo cariño”, es decir, a un Pepe desapellidado (y, puesto que hay tantos millones de Pepes en el mundo, no podría yo fehacientemente presumir esa pieza demostrativa de la amistad de más de medio siglo con el autor).

Así va el muy barroco y muy garboso soneto séptimo del que, ¿recuerdas, Fernando?, los acaso dos primeros lectores tuyos alabamos particularmente la precisión de la imagen del noveno verso:

mi corazón mojado solicita
ser hijo de un paraguas cotidiano,



Sonetos de lo diario autografiado a José de la Colina

y graduado en sus alas, tan temprano,
enjuagar las escuelas de visita.

en la lluvia, cerrado, se habilita
un paraguas alférez en lo ufano,
y a su cuello de alambre, por lluviano,
adjudico pañuelos en la cuita.

esqueleto de barco giratorio
que lo enjuago a lo diario y que lo tiendo
luego de consabido lavatorio,

escurrido de estrellas lo desciendo,
y cobijo le doy en mi jolgorio,
y a dios componedor se lo encomiendo.

Resultó que en aquel entonces quedamos convencidos de que tú, correcto y jugetón sonetista, ibas para poeta, así que nos extrañaría que muy pronto derivases hacia la novela, y sobre todo hacia las novelas verbalmente torrenciales: *José Trigo*, *Palinuro de México*, *Noticias del Imperio*. Pero ¿qué digo, Fernando?, si en realidad lo tuyo, aparte de que hayas escrito poemas medidos y rimados y algún drama lírico, es hacer poesía a través de la novela. Allí están, por ejemplo en *Noticias del Imperio*, los poemas en prosa que son los vertiginosos monólogos de la emperatriz, esos ramalazos narrativos, dramáticos y líricos del delirio en los que Carlota, con íntima, oscura y desvariada voz, se desangra y se mea y humea y fluye en arias de la locura tejidas en un fluir oscuro y relampagueante de la escritura y entre trozos de crónica histórica, es decir, de lo ya muerto, pero que tú haces respirar de nuevo, y aun más intensamente, en un romance en prosa sobre aquel fantasmal momento de la Historia mexicana. **U**